do al entrar un día en la alcoba encontró, en lugar del hijo, al padre; pero la noche de la marcha de éste su asombro fué aún mayor al ver dentro de la cama a un desconocido. El tío Trigou disipó pronto su sorpresa, porque era hombre que sabía hablar a las mujeres. Por tanto, no le ocultó que había nacido en el mismo pueblo que sus predecesores.

La bella Venus, curiosa por saber si todos los de Yvetot eran iguales, se avino a sustituir al padre de Nepomuceno con el tío Trigou.

Durante quince días que estuvo en París el tío Trigou hizo proezas. Y cuando, el décimosexto día, el aldeano tuvo que marcharse, Musquette le despidió con lágrimas en los ojos.

Para evitar aquella tristeza, se fué a buscar a Verdeche y le espetó a toda prisa:

—La penitencia que te impuse ha terminado. A partir de esta noche saldremos juntos del Templo, como lo hacíamos antes.

—Antes de que Tubuey me suplantara—dijo él.

—Era una suplantación temporal. No pensemos más en ello.

—Entendido, Musquette, entendido. Y no me volverá a suplantar nadie.

—Chico, ¿qué quieres que te diga? Si vienen más aldeanos de Yvetot...

FIN



LO QUE DEBE HACER UNA ESPOSA

La Novela Sugestiva

LO QUE DEBE HACER UNA ESPOSA

por

RICARDO BERMEJO

Ilustraciones de
ESTEBAN

29

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

1.—«FALTA UNA DONCELLA»



¡MUY bien, muy bien!—repitió de nuevo el joven doctor Amorós—; así, ¿usted dice que se llama?...

—Julieta, para servir a usted —contestó la preciosa chiquilla con una sonrisa de los cielos.

—Julieta—repitió el doctor lentamente, como si acariciara las sílabas—; precioso nombre, precioso nombre... Por supuesto, una chiquilla tan guapa no podía tener el nombre feo.

—¡Muchísimas gracias! Es favor...

—Nada de favor, hija mía. Por supuesto que bien lo sabrá usted... Otra cosa no saben las mujeres; pero que son guapas las que lo son en realidad..., ¡caracoles!... ¡Je, je, je!... ¿Y de dónde es usted, preciosa?

—¡Por Dios, doctor, que voy a creérmelo!... Yo

soy valenciana, alicantina, de Jijona... Supongo que conocerá usted *de oídas* mi pueblo...

Y, al decir esto, la guapísima chiquilla se llevó una mano al pecho al tiempo que lanzaba una sonora carcajada.

—¡Digo!... ¡De Jijona, hija mía!—repitió el doctor, acariciándose la entrepierna por encima de su bata inmaculada—. ¡Para que no sea usted dulce como la miel y como el turrón de su pueblo, y como aquellas almendras que no se parecen a nada de este mundo!... ¡De Jijona!... ¡Digo!... Precisamente, yo tengo dos debilidades: las mujeres y... los dulces. Mejor dicho, la mesa. Pero de la mesa los dulces. ¡Bueno, todo! Y las mujeres..., ¡no quiera usted saber!... Precisamente usted tiene *mi tipo*...

—¡Ya lo veo!... ¡Ja, ja, ja!—interrumpióle la alegre y guapa chiquilla, cuyos ojos azules tenían una expresión de belleza infinita, de travesura también.

—No, no se ría... Usted es *mi tipo*... Me gusta la mujer un poco bajita, sin ser rechoncha, algo gordita, como usted; rubia, como usted; con los ojos azules y la tez muy blanca, y la boca muy roja, y que se ría siempre y tenga el genio alegre, porque si no...

—¡Ja, ja, ja!... Pues lo que es por esa parte, sí que soy *su tipo*, doctor, como usted dice, porque tengo el carácter tan alegre y risueño, que en

el pueblo me llama todo el mundo *Cascabel*. ¡Ja, ja, ja!...

—¡Hombre, bonito alias! ¿*Cascabel*?

—*Cascabel*, sí, señor. ¡Ja, ja, ja!

—¡Me gusta!... Todo me gusta en usted. ¿Y cuánto quiere usted ganar?...

—¿Yo?... ¡Oh, todo lo que pueda! Cuanto más, mejor. Corren malos tiempos.

—¡Malos, hija mía! Pero para una muchacha tan bonita no puede haber nada malo en el mundo. Bien, verá; aquí, el sueldo son veinte duros. Pero el sueldo es lo de menos, porque se sacará usted otro tanto o más de propinas, ¿qué digo?..., ¡más, mucho más!, a poco que usted sea lista y sepa *llevar* a los enfermos. ¿Qué le parece, cacho de cielo?

—¡Muy bien! ¡Ja, ja, ja!

—Le advierto que, salvo en la nave del fondo, donde tenemos un poco de clínica de cirugía, usted no creerá que esto sea una clínica ni una casa de salud siquiera; los enfermos no lo parecen; en realidad, hay muchos que no lo son siquiera... Gentes ricas de Barcelona que vienen aquí, a este sanatorio, porque estamos en la montaña, para respirar aires puros y pasarse aquí una temporada de reposo... Y como, ¡eso sí!, aquí todo el mundo que viene es rico o casi rico, ¡no tan *rico* como usted!, ¿eh?..., pues verá cómo no lo pasa usted mal.

—¡Oh, yo en ningún sitio lo paso mal! ¡Ja, ja,

ja! Como tengo este carácter tan alegre, tan alegre...

—Mejor. Era precisamente lo que buscábamos aquí: una chica como usted, de carácter alegre. Hay muchos enfermos aquí que necesitan, más que medicinas y régimen, una compañía grata: juventud, risas, alegrías, ¿eh?... Esto es una cosa psicológica, que usted no sabe lo que es ni le hace falta...; pero que con ese genio que tiene usted, tan vivo y tan simpático, realizará usted a maravilla...

El doctor se levantó, acariciándose de nuevo la entrepierna por encima de la bata, y, dando la vuelta a su mesa, vino a situarse junto a la muchacha, que se había levantado asimismo.

—Muy bien. Entonces, ¿estamos de acuerdo, no es eso, alma mía?

—Sí, señor doctor. ¡Ja, ja, ja!

—Perfectamente. Y ahora, ¿no me daría usted un beso con esa boca que parece un pedazo del corazón de una sandía?...

—¡Ja, ja, ja!—rió la chica, sin asustarse lo más mínimo, y mirando al joven y gordo doctor con ojos incendiarios—. ¡Qué gracioso!... ¡Si es uno nada más!...

El doctor Amorós, apenas oyó las últimas palabras de Julieta, había caído sobre ella como un gorila de los bosques, con los brazos abiertos, y la estrechó contra su pecho de gigante, al tiempo

que le mordía, en un beso larguísimo y hondísimo, los labios frescos y encendidos...

Ella le dejó hacer, cerrando sus ojos de cielo, quieta, besando también, sintiendo cómo las manos de él, irreverentes y atrevidas, buscaban las pomas de sus senos altivos, de una dureza de mármol...

Pero sonaron pasos cerca, y ella tuvo que romper el abrazo con gran esfuerzo.

El doctor, con los ojos relucientes y las manos extendidas hacia adelante, quedó a unos pasos, jadeando.

En seguida se rehizo, mientras una sonrisa de inmenso deseo le torcía la boca, de gruesos y sensuales labios.

Y una puerta se abrió.

Julieta sonreía de un modo picaresco.

En el umbral apareció la figura de otro doctor, joven también, moreno, algo delgado, que miraba con unos ojos negros de brasa al doctor Amorós.

Al ver la escena, se mordió los labios, al tiempo que fruncía la frente.

—¿Qué haces, hombre de Dios?... ¡Te estamos esperando para operar!...

Mostró un bisturí que llevaba en la mano.

—Estoy tomando datos e informes a esta muchacha, que es la doncella con la que nos quedamos—repuso el director de la clínica, muy serio—. Ha venido a eso del anuncio.

—¡Ya!—dijo el otro con inmenso sarcasmo.

El doctor Amorós no quiso darse por enterado, y comentó, dirigiéndose a la hermosa muchacha:

—Bueno; pues ya lo sabe usted. Se queda. Vaya usted para adentro, por esa puerta, y pregunte usted por doña Agueda, que le dará ropa y le dirá lo que tiene que hacer... Nosotros vamos a operar... Una cosa pequeña. ¿No sabe usted el chiste?

—No, señor—repuso Julieta, conteniendo la risa que le escarabajeaba por todo el cuerpo.

—Pues tiene gracia. Fué aquí. Era un día que íbamos a operar a un señor: a cortarle una pierna. Y yo, para darle ánimos, me puse los pulgares en las sisas del chaleco y me acerqué a la cama, haciendo de médico optimista. Y le dije: «¡No hay que apurarse, amigo mío! ¡Sólo se trata de una operacioncita para cortarle la piernecita, que tiene gangrenita!»...

—¡Ja, ja, ja, ja!—estalló Julieta, abriendo la boca enormemente.

—Sí, hija mía; pero lo mejor fué lo que él me contestó: «¡Je, je!... ¡Y yo que me creía que era algo grave!»... ¡Vamos allá, Riquelme!... A este de hoy no le tenemos que cortar más que la cabeza...

—¡Oh, hay algunos que se salvan!—comentó Julieta, haciendo un chiste terrible y atrevido, que hizo estallar en carcajadas a los dos doctores.



II.—EL INTERIOR DE LA CLÍNICA

El joven y gordo doctor Amorós, el dueño y director de este ameno sanatorio, enclavado en la hermosa montaña de Vallvidrera, no tuvo más remedio que seguir ahora a su colega, en dirección a una de las naves del fondo del jardín. Un jardín rústico e inmenso, que era, en realidad, un trozo de montaña plantado de pinares, y donde crecían también infinidad de matas y de arbustos silvestres, retamas, romeros, rosales salvajes... Iban a operar, en efecto, en la sala de cirugía. Pero a medio camino, y viendo que su colega, el joven doctor Riquelme, no le decía nada, Amorós se paró en seco y cogió a su compañero por un brazo.

—Bueno, Luis; esta tarde me pongo yo malo, ¿sabes?...

—Pero... ¿ya?

—¿Qué ya?... ¡Si me debía haber puesto malo ahora mismo... ¿No sabes?

—¿Qué?

—Que yo no he visto una chiquilla más picante. Cuando llamaste a la puerta nos estábamos besando.

—No te canses en decirme nada. Me lo figuré. ¡Y que es guapa la ladrona!...

—Ya lo has visto: como un cielo. Como que yo no respondo de mi pulso. A ver si le corto al paciente la cabeza en realidad...

Los dos rieron. Llegaron a la nave de cirugía, donde les salió al encuentro el otro doctor, joven también, el doctor Meliza. A éste, en broma, sus colegas le llamaban el doctor *Matón* en este sanatorio donde reinaba a todas horas un buen humor y una alegría que le hacía más parecerse a un teatro que a una casa de salud.

—¡Venga, que el enfermo espera!—animó Meliza a sus colegas.

Poco después operaban, ayudados por dos enfermeras y por uno de los internos de la clínica. Era esta clínica de lujo, de un lujo fastuoso, que el doctor Amorós había podido poner gracias a la fortuna de su joven esposa, millonaria. En realidad, aunque el sanatorio producía mucho dinero, era un pretexto para las conquistas y la vida de juerga y de jarana de los tres amigos y doctores. Las camareras, la misma encargada, doña Agueda, una *viuda decente* de un militar, dormían con los médicos y eran sus queridas. El *campeón* de los líos, de las trapatiestas y de las aventuras era el doctor Amorós, don Amalio Amorós, un hombre gordo, algo bajito, colorado, con una sangre viva, ardiente e inquieta, que hacía de él el hombre más lascivo y apasionado que imaginarse puede. Su mujer, una hermosa muchacha de su edad, le perseguía con sus celos escandalosos; pero Amorós, que tenía el carácter alegre, pacífico y bonachón de casi todos los gordos, lo tomaba a risa, haciéndose perdonar a cada momento por la esposa sus faltas incorregibles... para volver a pecar a la media hora. En el sanatorio y aun en todo Barcelona eran conocidas y comentadas las escenas de la vida íntima de este matrimonio simpático, muy simpático en el fondo, y al que todo el mundo quería.

Cuando entraba en la clínica una doncella nueva (aquí no se admitían más que camareras guapas, desde luego), Amorós, de acuerdo, claro está, con sus colegas y de acuerdo también con la todavía guapa y apetitosa doña Agueda, solía *ponerse malo* y hacerse cuidar por la camarera *de ingreso*. Estas enfermedades de don Amalio, que luego explicaremos, tenían en el fondo mucha gracia y valían al jovial y fuerte doctor conquistas a docenas...

Terminó la operación, y Amorós lanzó un hondo suspiro de alivio. El paciente se salvaría, pues hemos de añadir, para honra de nuestros tres per-

sonajes, que los tres eran excelentes doctores, entusiastas de su sagrada profesión.

—¡Bueno, aire!—comentó Amorós, haciéndose aire con un pay-pay que acababa de darle una guapa enfermera—. ¡Listos! Yo voy a mi despacho, a seguir haciendo esos análisis...

—Pero... ¿te pondrás malo esta misma tarde? —preguntó en voz baja Riquelme.

—¿Cómo esta misma tarde?... ¡Ahora mismo! Hasta las siete o las ocho no contéis conmigo...

—Recuerda que es jueves—le dijo Riquelme, siempre a media voz.

—¡Me tiene sin cuidado! Si viene mi mujer, haz el favor de recibirla tú, y le dices que he tenido que marchar a Marsella..., que he muerto, ¡lo que quieras!

Y salió, dejando a los otros riendo.

Al atravesar el jardín vió, de lejos, a doña Agueda y la llamó.

Era una señora entrecana, de unos cuarenta y cinco años, pero que aun conservaba en su rostro un tanto pálido no pocas huellas de su antigua hermosura.

Morena, con la tez muy blanca, sus ojos negros y muy grandes, tenían una especial dulzura al mirar. Debía haber sido guapa, muy guapa, y aun conservaba la prestancia de su antigua majestad de real hembra. Era viuda de un coronel, y nunca había tenido hijos. Amorós la quería de veras a causa de su carácter abierto, franco, muy



—Estaba tomando datos de esta muchacha...

femenino, y de su coquetería innata, que la hacía aparecer mucho más joven de lo que era en realidad. Se amoldaba a todo, con tal de que le dieran unos duros o unos billetes. Y, entre sonrisas y amabilidades, iba haciendo su agosto y una pequeña fortunita en este sanatorio donde el dinero corría como un río en todo tiempo...

—¿Qué hay, Amalio?—preguntó la mujer, acercándose y mostrando, al sonreír, dos filas de dientes impecables y blanquísimos.

—¿Has visto a la nueva camarera, Agueda?

—Sí, sí. ¡Bocado de rey, hijo! ¿La necesitas *para algo*?

—Sí, *para algo*—repitió, subrayando también las palabras, el jocundo doctor—. Hazla venir a mi despacho cuanto antes. ¿Está vestida?

—¡Eso quisieras tú, que no lo estuviera!...

Y viendo que el doctor se reía francamente, añadió, luego de mirar disimuladamente en torno y tras cerciorarse de que nadie la oía:

—¡Anda, ladrón, que eres insaciable!... ¡Con la mujer que tienes... y las que andamos por aquí, siempre pendientes de tus caprichos!...

Y, sin esperar a más, dió media vuelta y se alejó, diciendo, en otro tono:

—Está bien, Amalio. Ve tranquilo, que ahora la iré llamando...

.....

Momentos después, Amorós, que estaba de pie

en su despacho, junto a una de las vidrieras de la pieza soberbia, oyó que tocaban discretamente con los nudillos en la puerta.

—¡Adelante!—dijo en voz alta.

Se abrió aquélla, y en el umbral apareció la figura gentilísima de Julieta, que llegaba sonriendo.

—¡Adelante, adelante!

Entró. Venía vestida de camarera, con una cofia diminuta y rizada y un delantal lleno de puntillas.

—Pase, pase... La he llamado porque quiero irla adiestrando, a ver si podemos hacer de usted una enfermera de mérito...

—¡Ah, muy bien! ¡A ver si yo sirvo!...—repuso la muchacha, acercándose al doctor con las manos en la espalda y poniendo en punta su pecho soberano.

—¡Y claro que servirá usted! Mejor que nadie. Pues no faltaría más... ¡Con esa cara, hija mía! ...

Le hizo una carantoña en la barbilla, y Julieta se estremeció. El doctor, que era de fuego, no podía contenerse más.

—Venga usted para acá—la invitó, pasando delante de ella a un gabinete contiguo, donde había dos mesas de operaciones y un completo instrumental quirúrgico.

—Usted me dirá.

—¿Ve usted estos frascos?... ¡Este es el alcohol alcanforado! Aquí nos hacen falta con fre-

cuéncia enfermeras, y aun chicas que sepan dar masaje, friccionar... ¿Usted no sabe dar masaje, cielo?...

—No, señor. Pero aprenderé, si es necesario. ¿Es difícil?...

Lo más sencillo del mundo Y luego tiene usted una gratificación cada vez que atiende a un enfermo, a más de la prima que da el sanatorio a las buenas enfermeras... ¡Le advierto que aquí tiene usted un buen porvenir a poco que se esmere!... ¿Me da usted otro beso?...

Esta vez no se esperó el doctor a que la chica asintiera. La había abrazado, y la besaba furiosamente. Ella le besaba también más dulcemente...; pero cuando el doctor intentó abrirle el corpiño, la chica se le escapó, como un pez vivo, poniéndose al otro lado de una de las grandes mesas de operaciones.

—Formalito, ¿eh?... A mí me gustan los hombres formales siempre...

—¿Siempre?—suspiró el doctor anhelante.

—Siempre, sí. Hablando se entiende la gente, y si es verdad que yo le gusto a usted tanto como dice..., ¡quién sabe!...

—¿Qué quieres decir, vida de mi vida?...

—¡Nada por ahora!... ¿No me iba usted a dar esa lección de enfermera?...

—Es que no sé si tendré serenidad... En fin, lo intentaremos.

El doctor Amorós suspiró de nuevo. Se comía

con los ojos a esta chiquilla, que podría tener veintidós o veintitrés años, y estaba apetitosa, madura, suculenta hasta lo inverosímil. Su busto tenía una majestad de rosa de mayo. Los pechos, firmes, algo grandes, duros, le estallaban, mal sujetos bajo su blusa tenue, dejándose adivinar a través del escote en media luna; y su carne, blanquísima, tenía un tono rubio y aterciopelado como la cáscara de los melocotones... ¡Ah, esta mujer!...

—Bien—continuó el doctor tragando saliva y haciendo todo lo posible por serenarse—; esto del masaje y las fricciones es una cosa facilísima. ¿No sabe usted dar fricciones tampoco?

—Fricciones, ¿así?... ¡Sí que sé, qué caramba!...

—Bueno, pues eso... Aquí, por ejemplo, muchas veces... ¡Ay!...

El doctor *se ponía malo,* según lo convenido con sus compañeros y lo decidido por él horas antes.

Se había llevado ambas amanos al corazón, y luego se puso la derecha un poco más abajo, al tiempo que hacía un gesto doloroso, entornando los ojos un poco.

—¿Qué le pasa a usted?—dijo, un tanto alarmada, la muchacha.

—¡Oh!... ¡Calle, calle ahora!... ¡Es un dolor!, un dolor que... me da... de vez en cuando!...

—¿Quiere usted agua?... ¿Quiere que llame a alguien?...

—¡No, no!—opuso vivamente el médico, con nuevas energías y aterrado ante la idea de que pudiera venir alguien en estos momentos *decisivos* al despacho—. Ayúdeme usted a echarme aquí.

Señaló una de las camas de operaciones, y él mismo, tocando a una palanca lateral, la bajó, dejándola a la altura de una cama turca. Luego se echó, fingiendo de un modo maravilloso un dolor que no sentía, de espaldas, y rogó a Julieta:

—¡Vaya usted quitándome ropa!...

—Sí, señor, sí...

Le quitó la bata, la camisa, luego el pantalón... El mismo se había echado la bata a través de la cintura, como los cendales de los santos o de los mártires, y jadeaba con un jadeo que había tenido la virtud de hacer desaparecer casi del todo la sonrisa de la boca divina de *Cascabel*. ¿Fingía este hombre?... Al principio le había parecido que sí a la muchacha, que dudó unos instantes si tomar la cosa por lo serio o reírse; pero cuando pasaba el tiempo y veía el gesto de dolor del rostro del médico, su boca algo torcida, su mirada fija y hasta el leve sudor que había cubierto la gran cara de luna, tuvo que empezar a decirse que era cierto todo. Lo compadeció..., y lo miraba y lo atendía con la mayor solicitud. ¡Pobre señor!



—Bueno, señorito; si quiere que siga dándole fricciones...

—¿Pero por qué no quiere usted que llame a alguien?—insistió Julieta de nuevo.

—¡No, no!—opuso el doctor con más energía que antes—. Esto pasará..., me pasan pronto los ataques... Coja usted aquel frasco...

—¿Este?...

—Sí; es alcohol alcanforado... Ese que le decía a usted antes... Un poco de fricción, y se me calmará...

—Sí, señor, sí....

Julieta casi sonrió ahora al acercarse, trayendo el gran frasco de alcohol. Todo esto le empezaba a parecer una comedia... Pero si era así..., ¡ah, ella sabía muy bien lo que tenía que hacer... *para dejarse!*...

El doctor se había subido la camiseta hasta la boca. La bata, atravesada, servíale como de púdica sábana, cubriéndole la cintura, libre ya de botones, pues se había soltado también los calzoncillos.

—Vaya usted friccionándome por aquí—dijo, señalando el costado izquierdo.

La muchacha, con una sonrisa nerviosa no exenta de picardía, obedeció: echóse alcohol en el cuenco de la mano y comenzó a friccionar la piel blanquísima del médico, con escasos y cortos pelos rubios cubriendo parte del pecho, abultado y grande como el de una mujer.

—¡Ay, así, así; ay, qué consuelo!—gemía el

doctor, dando palmaditas en la mano de la muchacha—. ¡Vaya usted bajando! ¡Por aquí!

Con la mano derecha sostenía ahora el doctor un puñado de su bata para cubrirse las ingles y la cintura, y con la izquierda iba descubriendo más y más su costado, en dirección a la cadera, que quedó, al fin, al aire.

Julieta friccionaba y friccionaba, con una risa que le era por momentos más difícil de contener, pues comprendía adónde iba a parar este *dolor* del médico... De reojo iba observando también, cada vez más divertida, que la bata del doctor se levantaba e iba mostrando intimidades rubias e inquietantes... Y, al fin, soltando el frasco del alcohol, en el mismo momento en que el *enfermo* la atraía hacia sí, intentando besarle la boca, la muchacha retrocedió dos pasos y murmuró en voz muy baja, conteniendo la risa:

—¡Bueno, señorito; si quiere usted que siga dándole *fricciones*, me tiene usted que... pagar bien!

Amorós dejó de fingir.

Medio ahogándose, suspiró:

—¡Mira, allí..., en la percha, está mi chaqueta!... Coge la cartera y saca mil pesetas... Y date prisa, que *el dolor* se me hace ahora insoportable...

Un instante después, luego de guardarse los dos billetes de quinientas pesetas, Julieta volvió junto al doctor. Este se había trasladado a una cama tur-

ca que había en un ángulo. Y allí, luego de sentar a la chiquilla de oro y de canela en sus rodillas, don Amalio comenzó a desnudarla y a besarla con frenesí...

—¿Y el dolor?—preguntó *Cascabel,* estallando en pufaradas de risa.

—¿El dolor?...¡Ahora lo verás!..

Y se abrazaron como locos, al tiempo que un repiqueteo triunfal de besos llenaba el severo despacho...



III.—LA ESPOSA



ON las últimas tintas del crepúsculo, en esta hermosa tarde de julio, serenísima y dulce, subió doña Carolina, en uno de sus autos, a recoger a su marido a la clínica de Vallvidrera.

La mujer iba impaciente, disgustada. Arrellanada en el asiento posterior del «Packard» formidable, su enorme humanidad, joven, bien cuidada y de una blancura de nieve, se estremecía al dulce vaivén del auto. Era imposible imaginar una mujer más gruesa, más enorme, y, sin embargo, no era fea. Su rostro, gordo y colorado, tenía, no obstante, perfectas y muy femeninas las facciones; su pelo dorado, sus grandes ojos de ámbar y lo fresco y fino de sus labios, formando una boquita pequeña y llena de gracia, hacían de ella una mujer muy atractiva..., por lo menos mientras estaba sentada. Porque al ponerse de pie,

¡adiós mi dinero!... No es que resultara monstruoso su cuerpo enorme; pero la mayoría de los hombres sonreían al encontrarla en la calle, y más de uno había oído ella que comentaba:

—¡Buen colchón! ...

Esto era doña Carolina: *un buen colchón,* o, si se quiere, ya que el orden de los factores sí altera el producto en gramática, un *colchón bueno.* Tenía veintinueve años, y era dulce y bondadosa hasta lo inverosímil. En cambio, enamoradísima de su marido, de *su Amalio,* como ella le llamaba, casi con lágrimas en los ojos, le amargaba la vida con sus celos, lo perseguía, lo espiaba, y en varias ocasiones había estado ya a punto de sorprenderlo... *fraganti,* como decía su cocinera. Y este pensamiento, y la conciencia de su falta de armonía y de belleza femeninas, hasta cierto punto, tenían a la buenísima mujer siempre con el alma en un hilo y la hacían procurar mostrarse siempre hacia el esposo complaciente, amable, dulce como la miel, apasionada, enfebrecida...

Por lo demás, no tenía que esforzarse doña Carolina para fingir amor por su esposo, y mucho menos el deseo. Toda su carne se estremecía sin cesar bajo el latigazo de la lascivia, a la que se entregaba con la alegría loca de su naturaleza desbordante...

La mujer miraba a un lado y otro de la carretera soberbia y asfaltada, procurando orientarse por los detalles del camino. La habían entrete-

nido varias amigas en un junta de una de las *ligas* de que ella formaba parte para la represión de la *trata de blancas.* Y allí había tenido que estar ella, por su cargo de secretaria y tesorera de la *Liga,* contando dinero, hablando interminablemente con sus amigas y con el *padre Manuel,* y consumiéndose pensando: «¡Dios mío... ¿Qué hará mi Amalio?... ¿Me engañará con alguna?... ¡Ah, si yo no tuviera tanta confianza en doña Agueda!...»

En cuanto terminó *la junta* («¡qué junta de mi alma!», comentaba la mujer entre dientes con una sonrisa nerviosa), doña Carolina había escapado hacia su coche, casi sin despedirse de las amigas, pretextando que su esposo la esperaba desde hacía una hora.

Y en cuanto se metió en el auto colosal, de un lujo soberbio, le ordenó a Macario, el chofer, medio ahogándose y desplomándose sobre el asiento:

—¡Volando, a la clínica!

El coche había atravesado medio Barcelona, hasta ganar la Diagonal; pasó frente a su casa, dejando atrás los jardinillos nuevos de Urgel, y luego enfiló la carretera de Sarriá. Unas calles humildes, con escaso tráfico..., ¡y he aquí al auto soberbio que subía, como una flecha, la cuesta majestuosa de Vallvidriera!

Al llegar al jardín soberbio del sanatorio, doña Carolina no tuvo que echar pie a tierra. En aquel momento salía su esposo, el doctor Amorós, des-

pidiéndose de varios compañeros y de doña Agueda.

Esta se acercó al auto del matrimonio, saludando amabilísima a doña Carolina, a la que tuteaba de toda la vida. Había sido una de las mejores amigas de la madre de la joven, y por esto ocupaba el cargo de directora y encargada del sanatorio.

El matrimonio se marchó en el mismo auto que había traído a la esposa del doctor, luego de despedir el que esperaba a don Amalio, que era de ellos también.

El médico se sentó junto a su esposa, que le cogió en seguida una mano, apasionadamente, guardándola entre las suyas.

—¡Ay, qué tarde he pasado!...

—¿Y eso?... ¿Mala? ...

—¿Mala, hijo mío?... ¡Horrible!...

—¿Y por qué?...

—¿Y tú me lo preguntas, Amalio mío?... ¡Si es que no vivo, no descanso cuando estoy lejos de ti! ¿Por qué no me das gusto y dejas la carrera, y traspasas la clínica, y lo mandas todo al diablo, y yo también, y nos dedicamos el uno para el otro, alma mía?... ¡Porque yo no puedo, no puedo, no puedo resistir esto!...

Y la mujer rompió a llorar, con sollozos contenidos, para que no la oyera el chofer al otro lado del tabique de cristales, al tiempo que se llevó a la boca la mano de su marido, que llevaba entre

las suyas, y comenzaba a llenarla de besos y de lágrimas.

Amalio le echó por un hombro el otro brazo y protestó, en tono amable y dulce, como el que se emplea con un niño cuando se le regaña:

—¡Mujer, pero!... ¡Mujer! ¿A qué viene esto?... ¿Es que no te quiero yo?... ¡No digas tonterías!...

—¡No me quieres como yo te quiero, Amalio mío, y sobre todo, yo sufro a morir con esta vida que llevamos...

—¿Pero qué vida?... ¿Qué vida quieres que llevemos?...

—La que te tengo dicho tantas veces... Que dejes la carrera, que traspases la clínica... ¿No somos millonarios?... ¿No tenemos casas, fincas, rentas, cuanto queremos? ...

—¡Pero, mujer!... ¡No digas locuras!... ¿Cómo voy a dejar yo mi carrera, la clínica..., lo que me ha costado tanto trabajo levantar?...

—Trabajarías menos, estarías siempre a mi lado, conmigo, acariciándome, besándome... ¡Eso es lo que yo necesito!... ¡Tenerte siempre a mi lado!... ¡No será por los hijos por los que tienes que trabajar tanto!

—No; no tenemos hijos, querida mía; pero quién sabe si los tendremos todavía... Hace sólo cinco años que nos casamos... Además, aunque no los tengamos nunca, el trabajo...

—¡Ay, Amalio; no me digas lo de siempre!...

En fin, sea como tú quieras... ; pero la clínica, al menos, debías traspasarla, dejarla!... ¡Allí tú, con tantas mujeres!... ¡Yo me vuelvo loca!...

—Vamos, mujer; Carolina, no seas tonta; no seas loquilla... ¡Con tanta mujer!... ¡Pobres muchachas, enfermeras, auxiliares!... ¡Como si no estuviera allí doña Agueda, la madrina, después de todo!...

—Por ella es por la que tengo únicamente un poco de tranquilidad... En fin, dame un beso, y perdóname; no me tomes en cuenta... Es que estoy nerviosa...

—Ya lo sé, querida... Yo no te tomo en cuenta nada... Anda, dame un beso, y yo te doy a ti doscientos en cambio, y...

Callaron. Mientras el coche corría ya por el fondo de la Diagonal, la gran avenida grandiosa y novísima, entre jardines recién nacidos, los esposos se besaron largamente en la boca... Doña Carolina se había reclinado un poco hacia atrás, echando sobre sus pechos enormes y duros el cuerpo casi entero de su marido; y los dos besaban con una succión golosa y lenta, sabiendo cada cual la caricia predilecta del otro...

Así los sorprendió un frenazo del auto, que se había detenido ante su casa, en plena Diagonal.

Eran dueños de las cinco casas que se alineaban entre las calles de Urgel y Borrell, formando dos de ellas el chaflán colosal de la nueva plaza

de Urgel, y dando frente las cinco a los jardinillos encantados del bulevar incomparable.

El portero de la en que ellos vivían, ocupando todo el principal y el entresuelo, donde vivía la servidumbre y el administrador, se había adelantado, llevando en la diestra la gorra de plato galoneada. Entre el portero y el esposo ayudaron a bajar a doña Carolina, que avanzó seguidamente hacia el soberbio ascensor, entre una nube de sombreros que se elevaban por el aire. Un grupo de vecinos que había en la puerta había guardado repentino silencio al paso de los millonarios que, amables, deferentes, repartían saludos y sonrisas a diestro y siniestro.

Un viaje de unos segundos en el ascensor, y se encontraron en su piso, lujosísimo, cuya puerta ya había abierto una de las camareras, gorda, ajamonada y nada joven, escogida ya así por doña Carolina, «para que no pudiera tentar al esposo».

Eran casi las nueve, y como en la casa se cenaba tarde, a las nueve y cuarto o nueve y media, los esposos, luego de desnudarse, quedaron en uno de los salones anejos a la regia alcoba. Don Amalio había cogido la Prensa de la noche, y la hojeaba, olvidado ya del incidente del auto. Pero su mujer, que acababa de ponerse una bata vaporosa y linda, de seda verde, no acababa de desnudarse nunca, y trasteaba, yendo de acá para allá, del salón a la alcoba, de la alcoba al salón, del salón al inmediato despacho de su marido,

una pieza regia, y sin cesar de mariposear alrededor de don Amalio... De pronto, éste oyó que le llamaba desde la alcoba soberbia, que estaba al fondo, entre columnas y cortinajes:

—Amalio, querido, ¿quieres venir un momento?

—¿Qué quieres?—repuso el doctor, levantando levemente la cabeza y sin dejar de leer.

—Que vengas un instante. Te necesito.

—¡Vamos a ver!—dijo Amalio con cariñoso énfasis, pues el médico, como hemos dicho, tenía también, como su esposa, el carácter bondadoso y dulce—. ¿Qué es?

—Que me abotones esta liga que se me ha soltado.

—¡Mujer!—opuso con una sonrisa el doctor, y soltando el periódico sobre una butaca—. ¿Y para eso me llamas?... ¿Por qué no llamas a una camarera?

—¡A una camarera!—dijo con gracia doña Carolina—. No la honro yo haciéndole que me ate una liga. ¡Y ahora me vas a dar un beso, aquí, además!

—¡Bueno, mujer! Venga.

El doctor se había agachado, hincando una rodilla en tierra, y enganchó el broche de la liga lujosísima. Luego, semiabrazado al muslo poderoso y blanco de su mujer, le dió, no uno, como ella quería, sino muchos, muchos besos, lentos,

cariciosos, en aquella carne dura y joven, perfumada como la carne de una cocotá...

La mujer sonreía, acariciando la cabeza a su marido...

Contra lo que ella esperaba, Amalio se levantó por último y se disponía a marcharse.

En realidad, los dos habían quedado en ese estado de blanda inconsciencia que precede al deseo, y casi no encontraban palabras con que iniciar el abrazo que deseaban los dos... El doctor, un tanto por delicadeza masculina y otro tanto por la fatiga a causa de... aquel *dolor* de la tarde, no se atrevía a proponer nada. Y fué ella, como mujer, la que encontró la solución.

—No te vayas—comenzó rogando.

—No; no me voy. ¿Estás ya más tranquila, vida mía?

—Porque estoy contigo... Pero no estaré nunca tranquila hasta que no te tenga siempre a mi lado, día y noche, Amalio mío.

—Qué cosas tienes... ¡Como si no te constara a ti lo mucho que yo te quiero! ...

—Sí; pero..., ¡ah, no sabes cómo sufro!... Siempre estoy nerviosa, echándote de menos... Y cuando más te necesito es cuando estás más lejos de mí.

—¡Bah, bah, monina! Ya ves que todas las horas que me dejan libres mis ocupaciones a ti te las dedico...

—Eso es verdad, y, sin embargo... ¡Ay!...

Suspiró, arreglándose la otra liga. Estaban los dos de pie, muy juntos, besándose con el menor pretexto... Al fin doña Carolina, incapaz de resistir más su deseo, se abrazó furiosamente a su marido y lo arrastró hasta el cercano lecho, fastuoso, majestuoso...

... ...

Si se quería ver a la pobre doña Carolina apurada y triste, nerviosa, compungida hasta estar a punto de ahogarse con un cabello, no tenía más que llamar el teléfono que tenían instalado en toda la casa, y uno de cuyos aparatitos, con una campana de sordina, estaba instalado precisamente en la mesilla de noche que correspondía al lado exterior de la cama, o sea al en que dormía el ilustre don Amalio, su jocundo marido.

Todas las noches, al acostarse el matrimonio, la mujer, ya en camisa, luciendo fastuosamente sus carnes blancas como la nieve y sus *combinaciones* de un lujo insuperable, murmuraba como una oración, y luego de llenar de besos y caricias el rostro de su marido, que se iba también desnudando:

—¡Dios mío! ¡Haced que la humanidad entera pase una buena noche, y que no se despierte nadie hasta que haya luz del nuevo día! ¡Que no se me lleven a mi Amalio!

La mujer cruzaba las manos y casi lloraba de emoción, mientras su marido se reía francamente:



—Amalio, abróchame esta liga...

—¡Pero!... ¡¡Mujer!! ¡Cualquiera que te oyese!... ¡Ni que yo fuera militar y estuviéramos frente al enemigo!... ¡Que me llame un enfermo!...

—Es que yo no sé si son los enfermos los que te llaman, Amalio mío.

—¡Qué salida, hija! ¡Y claro que no son ellos: son sus familias!

—Bueno; eso he querido decir. ¡Y yo sufro, yo me ahogo cada vez que te vas!

El doctor, que era imperturbable, acentuó ahora más su sonrisa, y dijo, zambulléndose en la cama:

Querida mía, mi profesión es sacrosanta. Antes de dejar yo de acudir a la casa de un enfermo, me dejaría hacer picadillo y que me frieran con cebolla. En fin, no hablemos de ello, que podría traer maleficio, como dicen en las comedias antiguas.

Se acostaron, y el doctor se puso a leer los periódicos de la noche. La mujer, de costado, contemplaba al marido como se contempla a un ídolo. De vez en cuando, en un arrebato de ternura, caía sobre él, llenándolo de besos y caricias, mientras decía, con mucha gracia:

—¡No; no es con mala intención! Es que tengo ganas de acariciarte, de estrecharte entre mis brazos... ¿Por qué te quiero tanto, Amalio mío?...

Calmada poco después, comenzaba a cerrar los ojos.

Devez en cuando los abría, sonreía y besaba la mano de su marido, que siempre retenía entre las suyas al dormirse, muy apretada también contra su pecho, como si temiera que se le escapara.

Pero Amalio sonreía de labios adentro, seguro de que esta noche no se le pondría ningún *enfermo* grave.

Porque hemos de aclarar que las llamadas urgentes del doctor Amorós no eran nunca llamadas de enfermos, o, mejor dicho, casi nunca.

Don Amalio, aunque ya dijimos que sentía con sinceridad su vocación de médico, tenía encomendada su clientela, casi en absoluto, a sus colegas de la clínica.

Y sólo en casos rarísimos se permitían, enfermos y colegas, molestar de noche al millonario, sobre todo porque Amorós, con todas sus sonrisas y su aire y su carácter campechanos, ponía cada cuenta luego que saltaba niebla: «Dos visitas nocturnas, a mil pesetas..., 2.000 pesetas». Y claro se está que muchos enfermos, y sobre todo las familias, preferían que se muriera el paciente a verse ante una de aquellas *cuentas*, capaces de hacer enfermar de ictericia a toda una familia.

No; las llamadas de los enfermos verdaderos molestaban poco al doctor; en cambio, él tenía un procedimiento infalible para pasar la noche con

cualquier mujer que le interesara, burlando la vigilancia despierta de la esposa...

Por la tarde se ponía de acuerdo con la *prójima,* y allá a las doce o la una, cuando hacía poco que el matrimonio se había acostado, comenzaba a repiquetear el timbre con sordina del teléfono.

Amalio, que ya esperaba la llamada, se incorporaba con gran aparato y comenzaba a decir en voz alta:

—¡Diga, diga!... ¿Quién es?...

Y esperaba, con los ojos muy abiertos. Luego, cuando veía que su esposa se incorporaba también, alarmadísima, fruncía el ceño, dando a su rostro una expresión de pena. Y en seguida, haciendo gestos de contrariedad, le pasaba a su esposa el auricular, mientras él se echaba de la cama y comenzaba a vestirse. Y Carolina misma oía una voz de mujer que decía, entre hipos de llanto:

—¡Doctor, señor doctor Amorós: venga en seguida, que mamá se muere!... ¡Por Dios, por caridad!...

Y una hora después Amorós caía en los brazos de la *prójima,* mientras doña Carolina, para que volviera pronto su marido, iba encendiendo luces a los santos milagrosos de su oratorio...

IV.—LA MEJOR AMIGA...



Días después, una mañana, cuando el matrimonio acababa de levantarse, el ayuda de cámara de Amalio le pasó al despacho una tarjeta.

—Es la señora de Ponzano, que dice que desea ver urgentemente a la señora.

—¡Ah, la madrina!...—repuso gratamente sorprendido el doctor, aunque con una sombra de inquietud—. ¡Carolina, si es Agueda!

Su mujer acudía ya, y los dos se encontraron en el gran salón con la recién llegada, que entraba estancia adelante.

—No os molestéis... Vamos para adentro. ¿Supongo que no estabais haciendo nada malo?... Y como yo soy de confianza, no he querido hacer antesala.

—¡No faltaba más!... ¡Hubiera estado bien! ¡Ven para acá, madrina!

Le llamaba *la madrina* porque habíalo sido doña Agueda del único hermano que tuvo Carolina, mucho menor que ella, y que había muerto de pequeño.

La entraron en el saloncillo íntimo, que caía junto a la alcoba del matrimonio, y la hicieron sentar. Carolina se sentó también, mientras su marido, en pijama, permanecía en pie, limándose las uñas.

—Bueno, chicos, no alarmaros, ¿eh?... con esta visita mía extraordinaria y fuera de abono... No es nada... ¡Y tú, Carolina, hija, no te asustes, que no se trata de robarte al marido!... ¡Jesús, hijo, cómo te quiere!...

—Es verdad que lo quiero mucho—repuso Carolina, acariciando a su esposo con la mirada—; pero, bueno: qué quieres decirnos...

—No es nada grave: es que dicen que va a haber una revisión de nuestras pensiones, y que si las iban a reducir o... ¡no sé qué! Y como yo sé que tú eres tan amiga de las de Ruano, el coronel, he pensado venir a rogarte que vayas a verlas esta misma mañana. Tengo entendido que salen de Barcelona, ¡hacia Suiza o los infiernos, no sé!, y quisiera saber a qué atenerme hoy mismo, porque esta tarde quisiera ir a ver a Menéndez con la contestación.

—¡Bah!—opuso Carolina bondadosamente—; tú no tienes por qué preocuparte de tu pensión...

Es una pequeñez, y sabes lo que Amalio y yo te queremos.

El doctor asintió en silencio, mientras la viuda hacía aspavientos de protesta con el abanico:

—¡Déjate, déjate, Carolina, hija mía, que no sabemos las vueltas que da el mundo!... Además, ¿por qué he de despreciar yo un puñado de duros todos los meses, que son míos?... ¿No te parece, Amalio?

—¡Ah, claro!

—¡Ah, claro, sí!—recogió en seguida Carolina amablemente—; desde luego. ¿Y dices que las de Ruano?...

—Sí; Jesusa debe estar enterada; y si no, se lo preguntas a Manuel. Ellas salen casi todas las mañanas, y ahora creo que van a los baños; por eso he venido tan temprano, para rogarte que vayas en seguida...

—Sí, mujer; ahora mismo. No faltaba más.

—Perdona que te eche de casa de este modo, ¿eh?... Pero hazte cargo, querida, de la importancia que esto tiene para mí; y como no quisiera que pasara de hoy...

—Déjate de explicaciones, mujer, madrina, por Dios. Si estoy casi vestida... Echarme un vestido por encima, y me voy. Ves pidiendo un coche, Amalio.

La mujer estuvo vestida en un periquete, y mientras el doctor se ausentó, pasando a su despacho a pretexto de telefonear.

—¿Te vienes para allá, Agueda?—preguntó luego Carolina, cuando estuvo dispuesta para la calle.

—No, hija, no. Me quedo aquí, con tu marido. Supongo que no te dará celos viéndome tan vieja...

—¡Por Dios!

—Quiero consultar a Amalio algo de aquel chico que le recomendé...

—Entonces, hasta luego. Adiós, hijo mío. ¿Saldrás?

—Sí; tal vez...; he de hacer algunas visitas. Hasta luego.

Los esposos se besaron.

—Adiós, Agueda, hasta que quieras, hija.

—No me guardes rencor, ¿eh?

—¡Qué tontería! Hasta luego.

* * *

Al quedar solos Agueda y Amalio, reinó entre ellos un silencio elocuente y largo.

El doctor se había quedado mirando a la hermosa viuda con unos ojos fijos y muy abiertos, como interrogándola; pero ella no le decía nada. Tendía el oído, poniendo de medio lado su cabecita de pájaro; y cuando oyó el ruido de una bocina, abajo, en la puerta, dió un brinco, se acercó a un balcón, llamó al doctor con señas imperiosas, y le preguntó, señalándole al coche que se alejaba, a través de los visillos:

—¿Es el vuestro?

—Sí. ¿Por qué?...

Entonces, por toda respuesta, ella le echó los brazos al cuello y le buscó frenéticamente la boca. Luego, cuando los dos se habían saciado de besar y saborear sus labios, ella continuó, hablando ahora a borbotones:

—¡Ah, qué noche, Amalio! ¿Sabes?... ¡Me moría de hambre de ti, de sed de ti; estaba como loca!... ¡No sé qué hubiera dado por tenerte a mi lado, chiquillo mío!... ¡Desde las siete de la mañana que estaba proyectando venir! ¡Anda, cómeme, muérdeme, mátame; me muero!... ¡Cierra esas puertas..., y así mismo!...

Se quitó el sombrero, tirándolo sobre un mueble, mientras el doctor iba a cerrar las puertas.

Luego, los dos solos ya en la alcoba, ella volvió a caer sobre él, quitándole el pijama a tirones, y sin dejar de besarle furiosamente la boca. Y repetía:

—¡Dis mío, qué hambre de ti, qué locura!... ¡Ah, el Gobierno debía preocuparse de una mujer como yo, cuando se queda viuda, para que no le falte un hombre a ratos!... ¿No te parece? ¡Jesús, qué noche!... ¡Anda, ven y mátame, cielo mío!...

—¡Ya decía yo que todo esto de la historia de tu pensión!... ¿No hay nada, verdad?

—¡Qué va a haber, hombre; no seas simple!

¡No hay más que unas ganas de abrazarte que me vuelvo loca!... ¡Ven aquí!...

—¡Ay, loca mía!...

La empujó al lecho conyugal, todavía sin hacer, y la abrazó con placer infinito, allí mismo, en el hoyo que dejara el cuerpo enorme de la esposa, todavía caliente... ¡Ah, el placer inmenso de abrazar a una mujer vestida!... Ella misma se había echado las faldas a la boca, y tiró al suelo los pantalones, color fresa, muy cortos, como de gran *cocotte,* que hoy usan todas las señoras decentes también... Se había desabotonado la blusa, tiró del sostén y le rompió un elástico, para dejar al aire los senos, grandes y hermosos todavía, y que el doctor pudiera morderlos a su antojo...; y mostró al aire asimismo, con valiente impudicia, sus caderas de hembra sana y fuerte, sus muslos de nieve, todo el tesoro de sus encantos, que ella misma proclamaba llegaban hambrientos de amor y de deseo... Y besaba al médico con la boca muy abierta, como uno que se fuera a ahogar, dejando entrar hasta sus dientes, hasta su garganta, todos los néctares del amor loco, del placer llevado al infinito...

* * *

Desde las diez, en que se marchó Carolina, hasta la una menos cuarto que era ahora, los amantes habían estado en la alcoba conyugal. Naturalmente, los criados no habían podido hacer la

cama ni la alcoba; y Agueda, al darse cuenta de lo tardísimo que era, se despidió, casi sin palabras, del médico, besándole de nuevo en la boca.

—¡Vaya, adiós! Irás a la tarde a la clínica, ¿verdad?

—Sí.

—Bien; allí nos veremos. Esta tarde te necesito también... No te comprometas con tu mujer para nada. ¿Vosotros... *funcionáis* al mediodía?

—¡No!—opuso riendo el doctor—. ¡Casi nunca!

—Bueno, pues hoy suprimes el casi. ¡La dejas a media ración!

—¡Y tanto! Como a los enfermos. ¡Lo que es mi visita de hoy!...

—No lo lamentes; a lo mejor les salvas la vida no habiendo ido ...

—¡Quién sabe...; dices bien!—aceptó Amorós, riendo, modestamente.

Poco después de haberse marchado Agueda llegó la esposa. Amalio había juzgado prudente echarse en un butacón de la misma alcoba, para justificar de este modo el desorden y el abandono de la habitación conyugal.

Carolina llegaba un tanto sofocada del calor, y con el auto lleno de paquetes, como siempre que salía por las mañanas.

—¡Toma, mira, ingratón: otras doce corbatas! Las he ido escogiendo tienda por tienda. Las más bonitas de Barcelona. ¿Se fué Agueda?...

—Sí; ya se marchó... ¿Por qué me traes nada?... Muchas gracias, mujer. Son muy bonitas... Esta sobre todo.

—¿Pero tú no has salido, hijo mío?... ¡Dame un beso!

—No, no he salido, querida; no he llegado a salir... Visitaré esta tarde... No he estado de humor. Cogí este libro.

Y lo mostró a su mujer, que leyó de refilón en la cubierta lujosísima:

Contribution à l'étude de la gastroenterite chronique.

—¡Ah, estudiando! Has hecho mal, hijo mío. No debes fatigarte... Dame otro beso... ¡Ah, he visto a las de Ruano! ¿No sabes?

—¿Qué?

—Que no saben nada de eso que ha dicho la madrina.

—Ya me figuraba yo que serían cosas de Agueda. ¡La pobre, cómo se alarma por nada! De todos modos, has hecho bien en ir a verlas.

—¡Ah, si yo me alegro! ¡Pobre madrina! ¡Mi mejor amiga!... ¡Sólo por lo que la quería mamá, ya ves!... Pues se lo dices; me he esperado hasta que ha vuelto Manuel de la Capitanía, y se lo he dicho también; y él me ha dicho que no hay nada de eso, ni proyectos, ni rumores siquiera... Eso habrá sido alguna noticia falsa de esas que lanzan a veces los periódicos para causar sensación...

—Sí, eso debe haber sido. Me alegro por la pobre Agueda... Esta tarde se lo diré... ¿Qué hay?...

—El señor, al aparato; le llama el doctor Riquelme desde la clínica.

—¡Ah, voy allá!

Había entrado un criado al salón contiguo a la alcoba, donde Carolina se iba desnudando, y el doctor pasó a su despacho, cogiendo el auricular.

Carolina iba dejando las prendas de su ropa sobre la cama y mirando el lecho fastuoso con una especie de ternura. ¡Ah, cuánto sabía este lecho de sus fiestas de amor y de placer!... Mirándolo deshecho, la mujer sonreía como con una especie de agradecimiento. Aquí, en este hoyo de la orilla, había ella reposado miles de veces, abrazada al cuerpo adorado hasta la locura de su Amalio queridísimo...

De pronto se estremeció hasta la medula de los huesos... Al ir a apoyarse en la cama, para descalzarse, vió brillar, junto a la cabecera, una cosa negra... Se inclinó y la cogió. ¡Era una horquilla!...

¡Una horquilla aquí!... ¡Una horquilla en su cama dehecha!... Una horquilla... ¿Y de quién?... De ella no..., puesto que no las usaba; y entonces..., ¿era que Amalio la había engañado en su ausencia, la engañaba con alguien, y había llevado su felonía hasta el extremo de... traer a su amante a este mismo lecho?...

El horror de esto tan monstruoso, tan inadmisible, la puso en pie y la hizo ir, trepidando y dan-

do traspiés, hasta derrumbarse, con su inmensa humanidad, sobre una de las lindísimas butacas. Allí, una congoja horrible la iba ya a hacer estallar en una catarata de llanto, cuando de repente su alma y su cuerpo se irguieron, como el que recibe un terrible latigazo en pleno rostro, al tiempo que su ceño se fruncía. Y estas palabras, moduladas a media voz, salieron de sus labios:

—¿Es posible?...

Su boca se torció en una mueca terrible de amargura. Pero oyó pasos, y compuso su rostro y su continente para que no la sorprendiera el marido en medio de esta catástrofe infinita.

Amalio entraba en efecto.

—¿Sabes, monina?... Me dice Riquelme que se nos ha agravado el chico aquél, y que si quiero subir un instante a la clínica... Como yo sé que es grave, me quedaré a almorzar allí. ¿Te importa?

—No, querido—tuvo el valor de responder Carolina, que estaba de espaldas a su esposo.

—En ese caso, voy a vestirme.

Diez minutos después el médico se marchaba.

* * *

Carolina se alegró de quedarse sola.

Le ahogaba una congoja como jamás la había sentido, y se encerró por dentro y rompió en una catarata espantosísima de llanto. ¡Ya era evidente! ¡Su esposo la engañaba! Y la engañaba, para colmo de todos sus escarnios, en su misma casa, en su mismo lecho, con su mejor amiga...

Lloró mucho, mucho tiempo.

Al fin, agotadas sus lágrimas, algo más calmada, quedóse allí en el butacón sobre el que se había derrumbado, contemplando con sarcasmo y con infinita tristeza la horquilla acusadora.

Era una horquilla larga, negra, rizada, brillante.

Además, para cerciorarse de que era de Agueda, se la llevó lentamente a la nariz y aspiró su perfume.

Olía vagamente a violeta y a rosas, los perfumes predilectos de la madrina.

Luego se levantó, guardó cuidadosamente la horquilla en su bolsillo y pasó al *budoir*.

Tocó un timbre.

Apareció una doncella.

—¿Manda la señora?

—Escuche, Patricia. ¿Ustedes han andado en la alcoba esta mañana?

—¿Quién? ¿Yo?

—Usted o su compañera Mercedes.

—No, señora, no. Toda la mañana ha estado en estas habitaciones el señor. Y como..., y como tenía visita... Como estaba la señora viuda de Ponzano. ¿Por qué lo decía la señora?

—Es que se me ha perdido un broche de la blusa. Miren ustedes a ver si lo encuentran al hacer la cama.

—Sí, señora, sí. Esté tranquila la señora.

—Bien. Puede usted retirarse.

Patricia se marchó en dirección al *office*. Pero ya por el camino iba conteniendo la risa que le escarabajeaba por todo el cuerpo. Y en cuanto asomó por la puerta comenzó a comentar a sus compañeras de servicio:

—¡Por lo visto, la señora está escamadísima!

—¿Y eso?...

—¿Y eso?...

—¿Cómo? ¿Por qué?... ¿Qué has visto?...

—Tiene rojos los ojos de haber llorado mucho; y, además, me ha preguntado por un broche que dice se la ha perdido en la cama. ¡Vamos a hacerla, Mercedes! Verás cómo no hay tal cosa.

—¡Toma! ¡Y claro que no!

—Será que ha encontrado algo en la cama, de la... viuda esa, de *la madrina*.

—¡A lo mejor una horquilla!

—A lo mejor. ¡Menuda *madrina!* Lo que es es una golfa de siete suelas.

—Yo no sé cómo la señora no los coge *fraganti* más de cuatro veces—dijo la cocinera.

—Y que *pa* mí que están *fraganti* todos los días—comentó el mozo de comedor, haciendo al *office* en pleno estallar en carcajadas.

—¡Chis! ¡Pudiera oírnos!—recomendó la cocinera.

—¡Bah! De seguro que está en el locutorio

encendiendo velas a los santos. ¿No lo habéis observado?

—¿Qué?

—¿Qué, tú?

—Pues que cuando el marido sale de noche, ¡que *pa* mí que esos que le llaman tienen tanto de enfermos como yo de monja!..., la señora enciende todas las velas del camarín de la Virgen.

—Yo, sí.

—Como que muchas veces, cuando sale el señor por la noche, las encuentro encendidas al otro día—dijo Mercedes.

Y los comentarios de la servidumbre, perversa y divertida, continuaban, saliendo a la superficie como una cloaca que revienta. ¡Ah, la alegría de poder patear, aunque fuera moralmente, a un amo y a un superior! ...

Mientras tanto, la desdichada Carolina continuaba en el *budoir,* hundida en una áspera desesperación.

No; esta vez no había pensado encender velas en el locutorio.

Estaba visto que la Virgen la desamparaba.

Sin embargo, sin embargo...

Ella no podía resignarse a verse suplantada en el corazón y las caricias de su esposo por ninguna mujer de la tierra.

Mujer *muy femenina,* pero también con un inmenso fondo de bondad, no experimentaba hacia su esposo sino un levísimo rencor; todo su ren-

cor, toda su rabia, toda su furia se volvían contra la... sinvergüenza de *la madrina*.

Y la infeliz suspiró, mirándose retratada por completo y triplemente en las tres lunas del inmenso y fastuosísimo espejo de Venecia.

—¡Mi mejor amiga!... ¡Caray, caray!... ¡Bien dicen que el mejor amigo la pega!... Pero, ah, que no se crea que no le voy a dar un escarmiento... ¡Vamos a pensarlo!...



V.—«FRAGANTI»



OÑA Carolina, haciendo un gran esfuerzo, hizo por comer algo hoy, para no dar que hablar a la servidumbre.

No era extraño que la dueña de la casa almorzara sola, ya que las obligaciones del doctor haeíanle comer fuera algunas veces; pero hoy, sin saber ciertamente por qué, parecía barruntar Carolina un ambiente de zumba y de rechifla a su alrededor.

¿Sabían o adivinaban algo los criados?...

Ah, de no haber sido por el temor de ponerse en ridículo, ella misma habría llamado uno por uno a los servidores de la casa, ofreciéndoles, incluso, sumas importantes, para que *cantaran*, contándole a ella la verdad de cuanto supieran.

Pero no.

El procedimiento era arriesgado, y además te-

nía el peligro de ser completamente contraproducente.

Lo mejor era lo que había pensado.

Iba a obrar completamente sola.

Ya cuando terminaba de almorzar, con mucho más apetito, a decir verdad, del que ella supuso que iba a tener, le dijo a la doncella que íbala sirviendo, ayudada por el mozo de comedor, ambos en su uniforme de criados correctos de casa grande:

—Escuche, Patricia.

—Diga la señora.

—¿Está Macario?

—¿El chofer?... Sí, señora.

—¡Ah! ¿No se había ido con el señor, esta mañana, a la clínica?

—Sí, señora, se marchó; pero ha vuelto hace poco. Está abajo.

—¡Ah, muy bien! Pues dígale usted que me tenga el coche nuevo para dentro de una hora.

—Está muy bien, señora. Descuide la señora, que voy a decírselo ahora mismo.

Carolina terminó de almorzar.

Luego se vistió para la calle, sin dejar de contemplarse en los espejos de su *budoir,* y diciéndose a cada paso:

—¡Dios mío! Y estas carnes, que arden en deseos por *él,* nada más que por *él,* por mi Amalio queridísimo; estos pechos, estos muslos, esta vida mía, esta sangre, que gimen y claman siem-



Mostró al aire sus muslos de nieve.

pre por *él*; que no se saben saciar de sus caricias, de su carne y de su ternura... ¡Y *él* es tan cruel que me burla, que me traiciona, que me engaña con otra! Qué digo con otra; si cuando me engaña con Agueda, y aquí mismo, ¿qué no hará en la clínica, Dios mío, con tanta mujer joven y bonita?...

Suspiró, acariciándose un hombro. Luego siguió monologando:

—Pero, bueno, Señor: ¿cuántas caricias necesita un hombre?... ¿Cuántas mujeres?... ¿Cuántas *cosas*?... Porque cuidado si yo, deseando tener siempre contento y satisfecho a mi Amalio, soy complaciente y amable y dulce con él. No es sólo cuando él me busca cuando yo me doy a él con una alegría de los cielos; es que, además, lo busco yo, sin cesar, y no lo dejo a sol ni a sombra. ¡Dios mío! Si hasta, porque él lo ha querido, porque él es feliz y dichoso con ello, yo me presto a todas sus locuras, a todo lo que él ha querido enseñarme, y soy yo misma la que va delante de él en sus caprichos y en sus gustos, feliz no más que viéndolo a él feliz y contento!... ¿Qué más puedo hacer, Dios mío?...

Y la mujer se llevó una mano a los ojos, cerrándolos un instante, mientras evocaba todas las fiestas amorosas con *su Amalio*...

Al fin se irguió.

—Basta de debilidad—dijo—. Es preciso que yo le dé un escarmiento ejemplar a esa pécora.

Se acabó de vestir.

En seguida fué hacia el teléfono del despacho, y se puso en comunicación con la clínica.

Reconoció la voz del doctor Riquelme, que preguntaba:

—¿Quién es?

—Soy yo, Carolina...

—¡Ah! ¿Es usted, señora?... ¡Diga!

—Escuche. ¿Está ahí mi marido, verdad?

—Sí, señora; está operando; así es que no podrá...

—¡Ah, muy bien! No, no le molesten. Yo llamo para que le digan ustedes luego que me han invitado las de Ansúrez a ir a Sitges a cenar. Volveremos tarde, ¿sabe?

—Ah, muy bien, señora.

—Haga usted el favor de decírselo a mi marido para que no esté intranquilo luego.

—Esté tranquila, señora. En seguida se lo diré.

—Muchas gracias. Adiós, Riquelme.

—Adiós, señora. ¡Por Dios! Y a sus pies.

Carolina salió. El coche la esperaba ya en la puerta.

Trazado perfectamente su plan, ordenó al chofer que la llevara hacia el centro, donde hizo, con una calma que a ella misma le extrañaba, algunas compras.

Huyó, no obstante, de visitas y de los sitios que solían frecuentar sus amigas más íntimas.

Porque, eso sí, su nerviosidad la habría delatado.

Y luego, cuando ya comenzaba a caer la tarde, le dijo a Macario:

—Bueno, ahora va usted a subirme por la avenida del Tibidabo, hacia el funicular, y luego ya le diré yo a usted dónde ha de pararme.

—Está bien, señora.

El coche emprendió una marcha veloz paseo de Gracia arriba. Atravesó la simpática barriada y comenzó a cruzar por las calles de jardines y hotelitos de Bonanova.

Unos instantes después subía la cuesta de la avenida del Tibidabo y pasaba ante la estación del funicular.

Carolina, por el tubo de órdenes, le dijo a Macario:

—Siga usted.

El coche siguió la espléndida carretera asfaltada, lisa, limpia, sin polvo, semejante a un bulevar de la gran ciudad, que lleva a la cumbre de la famosa montaña.

Barcelona había surgido a los pies de ellos como un inmenso Belén en la tarde quieta de verano; y los jardinillos de las *torres* y de los hoteles de los millonarios, que llenaban todos estos barrios de lujo más cercanos a la montaña, parecían sonreír en el luminoso encanto de la tarde. El mar, muy azul, muy sereno, allá lejos, parecía formar un

marco de belleza incomparable a la ciudad, toda blanca y nueva.

Dejaron atrás el convento de Belén, y al llegar a las cercanías del «Ideal Pavillon», Carolina ordenó al chofer que parara, y echó pie a tierra.

—Espéreme aquí—dijo brevemente a Macario.

—Está bien, señora.

La mujer se alejó, como si fuera a pasear. Iba oscureciendo, y las últimas tintas del crepúsculo inundaban el cielo de maravillosos colores. La brisa gemía en los pinos y en los eucaliptos de la montaña.

Y Carolina, envuelta en los perfumes sanos y deliciosos que exhalaba el bosque en esta hora del atardecer, se fué acercando a la clínica de su marido.

Penetró en el interior del inmenso jardín, que ella sabía tenía siempre abiertas de par en par sus puertas de hierro.

Y, disimulándose vivamente detrás de los bojes, se dirigió hacia el fondo, a la derecha, donde estaban el despacho y el laboratorio de su marido.

—Me da el corazón que los cojo *fraganti*, como dice mi cocinera—monologó ahora Carolina—. Y si es así, ¿qué debo hacer?...

No había pensado en ello. Pero ella era, ante todo, una mujer enamorada de su marido. ¿Y qué puede hacer una mujer muy enamorada de su marido sino perdonar?... ¡Ella perdonaría a Amalio

inmediatamente, obligándole, ¡¡eso sí!!, a que abandonara para siempre *la clínica*.

—Nunca me ha gustado a mí esta *clínica*—continuó diciéndose a media voz, entre leves sonrisitas nerviosas—; más bien me ha parecido siempre uno de esos lugares de tapadillo, y Dios me perdone...

Continuó avanzando. La noche había cerrado casi del todo, y en los pabellones del fondo, donde ella sabía que estaban las habitaciones de su marido, había luz en varias ventanas.

Se acercó a las del laboratorio y prestó oído. Pero las vidrieras estaban cerradas, a pesar de la hermosura de la noche; entonces se decidió a llamar.

La puerta tenía una antigua aldaba, y ella la golpeó sucesivamente.

Hubo un silencio. Carolina llamó con más furia ahora. Y la voz de Amalio, en un tono agitado y colérico, preguntó, al tiempo que la puerta se abría:

—¿Quién es el bruto?...

—Yo—respondió Carolina, plantándose en el umbral antes que su esposo pudiera intentar cerrar la puerta otra vez.

El doctor había pasado, sin transición, desde la cólera y el deseo de matar al importuno, a una sorpresa violentísima.

Carolina le vió ponerse blanco, de rojo que estaba, y le oyó decir:

—¡Ah, tú!... ¡Hija, pero!... ¿No estabas en Sitges?... ¡Qué grata sorpresa!

—He vuelto—repuso Carolina, un tanto duramente, y haciendo fuerza con su cuerpo enorme para pasar adelante.

El intentó una blanda e inútil resistencia:

—Pero ¿adónde vas, mujer?... ¡Yo estoy haciendo unos análisis!... ¡Ten cuidado; tengo aquí un cadáver!

Y señaló a una mesa de operaciones donde, en efecto, aparecía un cadáver, tapado con una sábana blanquísima.

Sin embargo, Carolina sospechó... Aquella *mesa de operaciones* era baja y estaba en un rincón. No sabía por qué, todo esto se le antojaba una coartada del cínico de su marido. Quiso salir de dudas, y preguntó, avanzando hacia el rincón donde estaba el cadáver:

—¿Estás seguro, Amalio?...

En el mismo instante ocurrió algo terrible, que estuvo a punto de hacer estallar en carcajadas a Carolina: el cadáver («¡buen cadáver de mi alma!») se levantó y, liado siempre en su sábana nítida, huyó hacia el despacho del fondo, casi perdiendo en la huída el cendal.

Carolina vió la cabeza y parte del rostro de Agueda que, al huir, mostraba casi por entero sus encantos...

Amorós había bajado la cabeza, encarnadísimo, y sólo acertó a murmurar:

—¡ Perdóname !

Esperaba un ataque de celos, un ataque de indignación espantosísimo... ; pero se sorprendió viendo que su esposa abría los brazos y le obligaba a caer en ellos, mientras decía, besándole con pasión :

—¡ Yo te perdono, Amalio mío ! ¡ Yo te libraré de estas pécoras !... ¡ Vámonos, vámonos de aquí, y para siempre !...

... ...

¡ Esto, esto es lo que deben hacer las esposas !...



En breve

LA BELLEZA

Publicación quincenal

Albumes de sugestivas fotografías de las mujeres más guapas del mundo.

UNA peseta